

Presentación

Recordaba Agustín de Hipona a su hijo Adeodato que las palabras hieren. Hieren las palabras el oído, hieren el alma. La herida que las palabras provocan proviene de la dificultad de pulir sus aristas, de redondear su contorno, de la imposibilidad de hallar un sentido acabado de la palabra. De ahí su posible descrédito, el descrédito de sus quilates.

Una palabra pulida, una palabra de verdad, representaría un decir en el que no habría escisión entre lo dicho y aquello que significa: relación unívoca librada de la ambigüedad, del riesgo al que todo decir nos aboca. Mas esta palabra es una palabra perdida: metáfora de la pérdida primera que todo sujeto de lenguaje sufre, y que, míticamente, podríamos ilustrar con la figura del niño que siendo infante tiene una percepción de lo real aún no mediatizada por la palabra. Pérdida constitutiva de lo humano, precio a pagar por la subjetivización que el acceso al lenguaje supone.

Decía Lacan que la verdad no puede ser sino maldita, que sólo podemos maldecirla, decirla a medias. Y, no obstante, distinguía entre un buen decir y un mal decir en el sujeto. Pues el buen decir

Maquetación y diseño: Manu Muner (Gráficas La Línea Negra)

© Francisco J. Fernández

© Jon Baltza

© Presentación Isabel Balza

© para esta edición Iralka 1999

c/ Agerre, 4-1º. 20 301 IRUN

Tfno./Fax: 943 61 99 21

e-mail: iralka@euskalnet.net

Imprime: Imprenta Luna

Muelle de la Merced, 3-2º Izda

48003 Bilbao

Tfno.: 94 41 67 518

D.L.: SS- 758/99

ISBN: 84-89806-10-1

estaría imbuido de una cierta ética, un decir responsable de sus dichos, que asume las palabras proferidas. Un decir que, sabiendo de la imposibilidad de atrapar la verdad, se sitúa en una posición en la que no por ello cualquier decir valga por igual.

Esa diferencia entre los decires que instituye su ética María Zambrano la cifraba en la fidelidad al evento de la palabra, fidelidad al sentir primario. Ello distinguiría a las palabras vacías de las que dicen algo de la verdad, de las que la maldicen. Pues ante la imposibilidad de decir esa palabra primera perdida cabe anclarse en un silencio que, como el del melancólico, está aferrado a lo que supone sea su palabra originaria, pues herido por la palabra, sabiendo del dolor de la pérdida, parece haber renunciado a la multiplicidad que el lenguaje exige para permanecer en el silencio. Cabe también el decir vacío, aquel que no compromete su dicho, un mal decir que pretende escapar del dolor taponando la herida, no vinculándose a lo proferido. O resta, por último, el buen decir que maldice la palabra primera, al recoger su eco y su huella.

Las palabras son piedras que nunca se acaban de pulir, ¿descrédito de sus quilates?

Isabel Balza